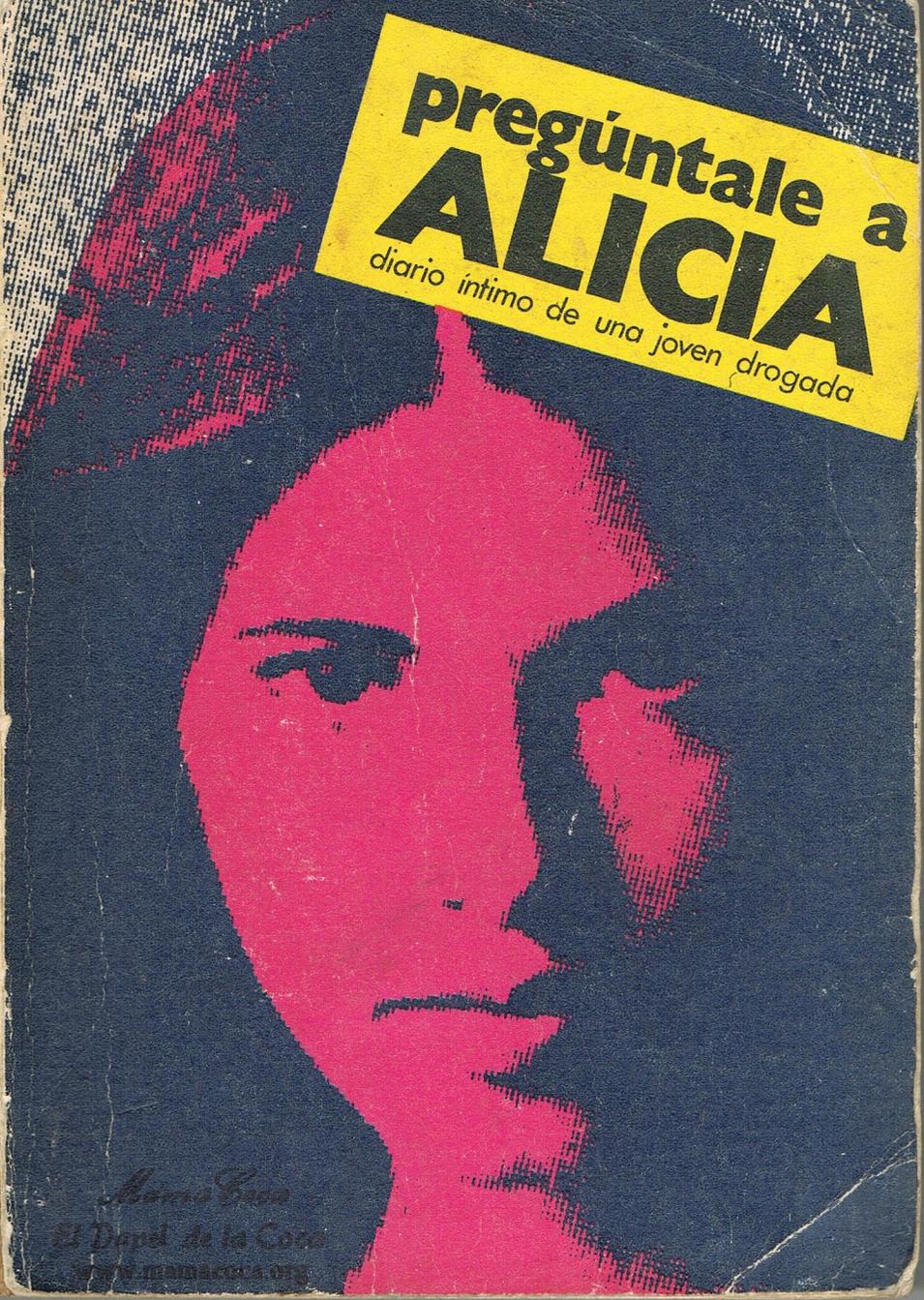


pregúntale a  
**ALICIA**  
diario íntimo de una joven drogada

pregúntale a ALICIA



*Mariano Basso*  
El Dapél de la Coca  
[www.mamacoos.org](http://www.mamacoos.org)

ISBN  
978-95-0-00-0000-0

**Alicia** tiene 15 años. Pertenece a la clase media. Piensa casarse algún día y formar un hogar.

El 9 de julio, **Alicia** es iniciada a la droga. Reinicia a fondo. La droga le da la sensación de que el mundo es mejor. Le abre el mundo del sexo. La hace sentirse libre. A veces **Alicia** se inquieta, cree que no debería drogarse, pero imagina que la vida es más soportable con droga que sin ella.

Los padres de **Alicia** no saben lo que ocurre. Notan cambios. Creen que frecuenta, quizá, malas compañías. No tienen la menor idea de que se esté drogando. Ignoran totalmente que su hija revende drogas en la escuela local.

**Alicia** huye de su casa. Errante en una absurda miseria, el camino de la droga la lleva a situaciones desesperadas, autodestructivas, de un erotismo insensato, presagio del fin alucinante.

La diferencia entre **Alicia** y muchos otros adolescentes adictos a las drogas es que ella llevaba un **diario...**

Los personajes de este relato, drogadictos o no, constituyen, a nuestro juicio, ejemplos vivos de una sociedad enferma en la que el logro de la independencia personal es cada vez, más problemático.

La tradicional falta de comunicación entre padres e hijos, en un mundo en el que las actitudes paternalistas están cada día más desprestigiadas, ponen en evidencia dos estilos de vida, distintos, extraños y a menudo hostiles. La sumisión excesiva a las normas establecidas, por una parte, y el violento rechazo de ellas, por otra, originan distintas formas de conducta sociopática.

Es difícil enjuiciar con claridad el complejo fenómeno de las toxicomanías en la adolescencia. Por el momento, como médicos, debemos constatar el creciente número de víctimas contabilizadas. Pero sí hay que señalar que el efecto devastador de esta sociopatía no es ajeno a una conflictiva socio-cultural más amplia, en el seno de la cual se hallan implícitos sus verdaderos orígenes.

Dres. Lluís Bach y Francesc Freixa, médicos-jefes del Patronato Nacional de Asistencia Psiquiátrica de Barcelona, contra el alcoholismo y las toxicomanías.

**Ediciones Martínez Roca, S.A.**

*«PREGÚNTALE A ALICIA» se basa en el auténtico diario de una muchacha de quince años adicta a las drogas.*

*No es una declaración definitiva sobre el mundo de la droga de los adolescentes de la clase media. Tampoco ofrece ninguna solución.*

*Sin embargo, es una crónica específica y sumamente personal. Como tal, esperamos que conduzca a los entresijos del mundo en que vivimos, cada vez más complicado...*

*Han sido modificados nombres, fechas, lugares y ciertos acontecimientos a petición expresa de los afectados.*

Los editores

Septiembre 16

Recuerdo que ayer me consideraba la persona más feliz de la tierra, de la galaxia, de todo lo creado por Dios. ¿Fue sólo ayer o lo sentí hace muchos, muchos años? Me parecía que la hierba nunca había olido tanto a hierba; que el cielo jamás estuvo tan alto. Ahora, todo se derrumba sobre mi cabeza, quisiera diluirme en la atmósfera del universo y dejar de existir. ¡Oh! ¿Por qué, por qué no me evaporo? ¿Cómo podré mirar frente a frente a Sharon, a Debbie y a los demás chicos y chicas? ¿Cómo? A estas horas la noticia debe de haberse extendido por toda la escuela. Estoy segura. Ayer compré este Diario porque creí, por fin, tener algo digno de ser contado, algo grande y maravilloso; algo tan íntimo que no podría compartirlo con ningún otro ser humano. Sólo conmigo. Y ahora, como todo lo demás en mi existencia, resulta que no es nada, absolutamente nada.

Realmente no comprendo cómo Roger pudo hacerme esto, a mí, precisamente a mí que lo he amado des-

de que tengo uso de razón; que esperé toda mi vida a que se dignara mirarme. Ayer, cuando me pidió que saliéramos juntos, pensé que iba a morirme de felicidad. Y así fue. Ahora el mundo es frío, gris e insensible. Mi madre anda refunfuñando para que limpie mi cuarto. ¿Cómo puede regañarme así, ordenarme que arregle la habitación cuando me siento morir? ¿No podré estar nunca a solas con mi alma?

Diario: tendrás que esperar hasta mañana o me largarán otra vez el rollo sobre mi actitud, mi falta de madurez, etc. ¡Hasta luego!

*Septiembre 17*

La escuela ha sido hoy una pesadilla. Tenía miedo de encontrarme con Roger en cada rincón del vestíbulo y, sin embargo, temía desesperadamente no verlo. Decía para mí: «Debió ocurrir algo y él lo explicará.» A la hora de comer tuve que decir a las chicas por qué no aparecía. Fingí que no me importaba pero, ¡oh, Diario!, va lo creo que me importa. Tanto me afecta que siento como si dentro de mí todo se hubiera hecho trizas. ¿Cómo puedo sentirme tan miserable, turbada, humillada, apaleada, y hablar todavía, funcionar, sonreír y concentrarme? ¿Cómo pudo hacerme esto Roger? Yo no le haría daño a una mosca. No podría lastimar a nadie ni física ni emocionalmente. ¿Cómo, entonces, puede lastimarse la gente con tanta saña? Incluso mis padres me tratan como si fuera una estúpida, un ser inferior y sin remedio. Me imagino que siempre defraudaré. Seguramente no estoy a la altura de lo que quisiera ser.

Julio 7

Hoy ha pasado una cosa muy extraña, o por lo menos espero que suceda. Oh, sí, sí, sí. El abuelito y yo fuimos al centro a comprar un regalo para el aniversario de Alex, y mientras estábamos en la tienda llegó Jill Peters. Dijo «hola, tú» y se detuvo para hablarme. No la había visto desde que nos trasladamos; realmente, nunca pertenecí a su pandilla compuesta por gente de postín, pero, pese a esto, dijo que quiere estudiar en la universidad de papá, cuando termine el bachillerato, y añadió que ya no podía soportar la pequeña ciudad provinciana y que quería irse a algún sitio donde pasen cosas de verdad. Yo fingí que en nuestra nueva ciudad éramos muy sofisticados y alegres, pero, en realidad, no veo gran diferencia entre ambas. Creo que, pese a todo, conseguí contarle una hermosa mentira, pues dijo que mañana por la noche recibe algunos chicos en su casa y que me llamaría para invitarme. ¡Oh, cómo me gustaría que lo hiciera!

Julio 8

Oh, Diario, ¡qué dichosa soy, tanto, que podría llorar de felicidad! Ocurrió lo que te dije. Llamó Jill, exactamente a las 10,32. Lo sé porque estaba sentada junto al teléfono con el reloj en la mano, tratando de enviarle señales ESP. Recibe unos cuantos chicos y chicas para una fiesta de autógrafos, y yo me llevaré mi libro. No será como el que tienen ellos y no con-

tendrá ninguna foto suya, pero tampoco en su libro habrá una de mía. Voy a ponerme mi nuevo traje pantalón blanco; ahora debo lavarme el pelo y peinarlo. Verdaderamente se ha puesto muy, muy largo, pero si lo enrolló con latas de jugo de naranja puedo arreglármelo. Espero que tendremos bastantes latas en casa. Es preciso tenerlas, es absolutamente indispensable.

*Julio 10*

**Querido Diario:**

No sé si debería estar avergonzada o radiante. Sólo sé que anoche viví la experiencia más increíble de mi existencia. Cuando lo expreso en palabras suena algo morboso, pero realmente fue algo tremendo, maravilloso y milagroso.

En casa de Jill los chicos fueron tan afectuosos y naturales, tan a sus anchas que, inmediatamente, me hicieron sentir como en mi propia casa. Me aceptaron como si siempre hubiese sido una de los suyos, y todos parecían contentos y sin prisas. La atmósfera me encantó. Fue estupendo, estupendo, estupendo. Luego, un poco después de mi llegada, Jill y otro chico trajeron una bandeja con refrescos y en seguida se sentaron todos por el suelo, sobre almohadones o enroscados en sofás y sillas.

Jill me hizo un guiño y dijo: «Esta noche jugamos a botón, botón, ¿quién tiene el botón? Ya sabes, el juego que solíamos jugar de pequeños». Bill Thompson, tendido por el suelo junto a mí, se echó a reír.

«Sólo que ahora —dijo— es una lástima que alguien deba hacer de niñera.» Le miré y sonreí. No quise parecer demasiado estúpida.

Todos sorbieron sus bebidas lentamente, y cada uno parecía observar al otro. Fijé mis ojos en Jill, suponiendo que debía imitarla.

De repente, comencé a sentir algo extraño en mi entraña, algo como una tempestad. Recuerdo que, desde que habíamos tomado nuestras bebidas, se habían tocado dos o tres discos, y en ese momento todos empezaron a mirarme. Las palmas de mis manos sudaban y noté gotas de humedad en mi cráneo y en la nuca. La habitación me pareció insólitamente silenciosa, y cuando Jill se acercó para cerrar totalmente las persianas de la ventana yo pensé: «Tratan de envenenarme ¿Por qué querrán envenenarme?» Cada uno de los músculos de mi cuerpo se puso tenso, y un extraño sentimiento de aprehensión me envolvió toda, me estrangulaba, me asfixiaba. Al abrir los ojos me di cuenta de que Bill rodeaba mis hombros con su brazo, eso era todo.

«¡Qué suerte la tuya!» —me decía con un tono de voz parecido al que produce un disco puesto a menor velocidad que la adecuada. «Pero no te preocupes. Yo te cuidaré. Harás un buen viaje. Vamos, relájate, gózalo, gózalo.» Acariciaba tiernamente mi rostro y mi nuca, diciendo: «Honradamente: no dejaré que te ocurra nada.» De repente pareció como si se repitiera incesantemente, una y otra vez; como un eco muy lento procedente de un espacio cóncavo. Empecé a reír, salvajemente, histéricamente. Me pareció oír la cosa más divertida, lo más absurdo que había oído en mi

vida. Luego noté unas formas extrañas moviéndose en el techo. Bill me atrajo hacia sí y recliné mi cabeza en su pecho, sin dejar de mirar el remolino de cambiantes colores, enormes planos rojos, azules y amarillos. Intenté que otros compartieran conmigo aquella hermosura, pero mis palabras salían espesas, húmedas y chorreando o saboreando color. Me incorporé y di unos pasos, sintiendo un leve escalofrío tanto dentro como fuera de mi cuerpo. Quise decírselo a Bill, pero sólo conseguí reír.

Muy pronto, entre cada una de las palabras, se atropellaban los pensamientos. Había encontrado el lenguaje perfecto, auténtico y original: el lenguaje que utilizaron Adán y Eva. Pero, al tratar de expresarlo, las palabras que pronunciaba no tenían nada que ver con mis pensamientos. Perdía, se me escapaba ese objeto maravilloso, incalculable y auténtico, eso que debe ser guardado para la posteridad. Me sentí terriblemente, incapaz de decir una palabra, y caí sobre el suelo, cerré los ojos y la música empezó a absorberme físicamente. Podía olerla y tocarla con la misma precisión que la oía. Nunca había existido nada tan hermoso. Yo era parte de cada uno de los instrumentos. Cada nota tenía carácter, forma y color propios y parecía enteramente autónoma, de manera que yo podía captar y precisar su relación con la composición en su conjunto, antes de que sonara la nota siguiente. Mi mente poseía la sabiduría de los siglos y no había palabras apropiadas para describirlo.

Mis ojos se detuvieron en una revista que estaba sobre la mesa y pude verla en cien dimensiones. Era tan bella que no podía soportarla, y cerré los ojos.

Inmediatamente me quedé flotando hacia otra esfera, otro mundo, otro estado. Las cosas se escapaban de mi ser y volvían, privándome del aire, como al descender velozmente en ascensor. No podía distinguir lo real de lo irreal. ¿Era yo mesa, libro, música, o sólo parte de ellos? Pero en realidad no tenía la menor importancia, pues, fuese yo lo que fuese, aquello era maravilloso. Por primera vez en mi vida supe que todo me estaba permitido. Bailaba ante el grupo, interpretando, exhibiéndome y disfrutándolo en todos sus instantes.

Mi sensibilidad alcanzó tal nivel que podía oír la respiración de alguien en el piso de al lado, podía oler a millas de distancia a quien estuviera preparando gelatina de naranja, roja, o verde...

Tras lo que me pareció una eternidad, empecé a desplomarme y la fiesta se disgregaba. Creo haberle preguntado a Jill qué había ocurrido, y ella dijo que diez de las catorce botellas de refresco contenían LSD y que, al igual que en el juego de «botón, botón», nadie sabía cuál le tocaría. ¡Uy, qué contenta estoy de haber sido una de las afortunadas!

La casa de los abuelos estaba a oscuras cuando yo llegué, y Jill me acompañó hasta mi cuarto, me desvistió y me acostó en la cama. Caí en una especie de sueño como el que produce el mareo, envuelta en una sensación de bienestar general, pero con una ligera migraña que, probablemente, era resultado de haber reído tanto y tan intensamente. ¡Qué divertido fue! ¡Qué éxtasis! ¡Fue glorioso! Pero no creo que vuelva a probarlo. He oído contar demasiadas historias espantosas sobre la droga.

Ahora que lo pienso, creo que debí haberme dado cuenta de lo que pasaba. Hasta la tonta más tonta pudo saberlo, pero la fiesta me pareció tan extraña y excitante que, seguramente, ni siquiera oí lo que se decía, o tal vez no quise escuchar. De haberlo sabido, me habría muerto de miedo. Así que me alegro que lo hicieran sin advertirme, pues ahora puedo sentirme libre, honesta y virtuosa porque no tomé yo misma la decisión. Además, la experiencia se acabó por completo y no volveré a pensar en ello.

*Julio 13*

Querido Diario:

Durante dos días he tratado de convencerme de que tomar LSD me convierte en una «adicta a las drogas» y a todas esas cosas vulgares, sucias, despreciables que, según dicen, hacen los chicos que toman LSD y otras drogas. Pero yo soy tan, tan, tan curiosa, que no puedo contener la impaciencia de probar la «hierba», sólo una vez, ¡lo prometo! Es preciso que vea si es todo tan desastroso. Las cosas que he oído contar sobre el LSD fueron, sin duda, escritas por gente mal informada, gente ignorante como mis padres, quienes, evidentemente, no saben de qué hablan. Quizá con la «hierba» pase igual. De todas formas, Jill me llamó esta mañana, va a pasar el fin de semana con unos amigos, pero lo primero que hará el lunes es llamarme por teléfono.

Le dije que lo había pasado «bomba» en su fiesta,

y pareció complacida. Estoy segura que si se lo insinuo, Jill se dará cuenta de que quiero probar la «hierba» una sola vez, sólo una; luego me iría volando a casa y olvidaría todo el asunto de la droga, pero es agradable estar informada, saber cómo son las cosas en realidad. Por supuesto, no quisiera que alguien supiera que he tomado drogas, y tal vez será mejor que me consiga una de esas cajitas de metal, como las que tienen los pescadores, para encerrarte con candado, Diario mío. No puedo correr el riesgo de que te lea alguien, especialmente ahora. Pensándolo bien, creo que será mejor que te lleve conmigo a la biblioteca para buscar información sobre las drogas. Gracias a Dios está la sección de catálogos, pues no me atrevería a preguntárselo a nadie. Además, si voy a primera hora, al abrir la biblioteca, seguramente estaré sola.

*Julio 14*

Camino de la biblioteca me encontré con Bill. Esta noche me ha invitado a salir con él. Estoy impaciente por ver lo que pasa. Estoy explorando un mundo totalmente nuevo y ni siquiera puedes imaginar las anchas puertas que se abren ante mí. Me siento como Alicia en el País de las Maravillas. Quizá Lewis G. Carroll también se drogaba.

## EPÍLOGO

La autora de este libro murió tres semanas después de haber decidido no llevar otro Diario. Sus padres llegaron del cine y la encontraron muerta. Llamaron a la policía y al hospital, pero ya no pudieron hacer nada.

¿Fue un accidental exceso de droga? ¿Una sobredosis premeditada? Nadie lo sabe y, en muchos aspectos, la cuestión carece de importancia. Lo que ha de inquietar es que murió y que fue una más, entre miles, de las que la droga mata cada año.